

# La hierba de Managua

## I

**U**n rebaño de ruinas pastaba,  
esa impresión tuve, en medio de la ciudad.

Aquella hierba crecía como el pelo de los muertos.  
Tenía una historia que contar.

Me senté a escucharla  
como si fuera la primera vez.

Se acercaron unos niños, las manos vacías,  
desposeídos de sus padres, oscuros,

semejantes a la hierba quemada  
bajo la que germina lo nuevo.

También había allí hombres y mujeres  
silenciosos, graves como raíces.

Y todos escuchaban, esa impresión tuve,  
como si fuera la primera vez.

## II

El sitio donde me encontraba  
era el intervalo cubierto de hierba,

el punto de ruptura entre dos tiempos  
que existían el uno junto al otro,

el primero sin comenzar realmente,  
el segundo sin final verdadero  
y semejante a ellos yo estaba  
en mi propio punto de ruptura,  
destrozado en dos mitades,  
mutuamente extrañas ambas y,  
sin embargo, vivas en un mismo aliento.  
Pero aquí, entre lo nacido y lo por nacer,  
yo no era más que un fugaz testigo,  
una hierba más entre las ruinas.

### III

Lo que nada era, lo será.  
Lo que nada fue, lo es.  
Los susurros, garabateados con rapidez  
en la hierba, volvieron a su penumbra.  
Aquí y allá había piedras esparcidas  
como estiércol dejado por las ruinas,  
por aquellas que se fueron despacio,  
esa impresión tuve, mientras los hombres,  
las mujeres, los niños se quedaron,  
oscuros, sin moverse, indoblegables  
como rejas de silencio,  
armados con dulzura.  
La ceniza que vi en sus manos  
era el origen del país.

**Lasse Söderberg**

(Traducido del sueco por René Vázquez Díaz)